

Cuadernos del Sur

Año 14 - N° 26

Abril de 1998

Tierra  fuego
del

tranquilizadoras del «fin de la historia» o de la «globalización».

En una palabra: la historia (o mejor, para ser consecuentes con Marx, la prehistoria) de la humanidad sigue siendo la de la lucha de clases. Y si un «mensaje» queda vigente del panfleto que hace ciento cincuenta años nos reveló este secreto insopor-

table pero a esta altura inocultable, es este: la historia es un campo de batalla con el cual se pueden hacer muchas cosas, incluso intentar huir de él; pero al cual no se puede ingresar impunemente.

Buenos Aires, marzo 1998.

Des-revisando a Marx, 150 años después

Boris Kagarlitsky

Después de los acontecimientos de 1989-1991 del socialismo marxista, que quince o veinte años antes parecía una fuerza real, se convirtió de nuevo en un fantasma. Intentos constantes, que comprometen los esfuerzos de exorcistas profesionales, han sido hechos desde entonces para dejar descansar finalmente a Marx. Pero el fantasma no ha partido.

Jacques Derrida, en su controvertido libro *Espectros de Marx*, aconseja a sus lectores a retomar el *Manifiesto Comunista*, escrito en 1848. "Hoy, casi un siglo y medio más tarde, hay algunos que, a lo largo del mundo, parecen estar absolutamente convencidos de que lo que uno está abordando es sólo un espectro

sin cuerpo, sin realidad presente, sin actualidad o efectividad, pero en este momento se supone un espectro pasado. Fue sólo un espectro, una ilusión, una aparición, o un fantasma: esto es lo que uno oye en todas partes hoy ('Horacio dice que esto no es sino nuestra Fantasía, / y no queremos dejar a la creencia asirse a ella'). Una aún preocupada señal de alivio: asegurémonos de que en el futuro no vuelva! Al final, el espectro es el futuro, está siempre por venir, se presenta a sí mismo como algo que puede venir o volver; en el futuro, los llamados poderes de la vieja Europa en el siglo pasado no pueden encarnarse a sí mismos, ni en público ni en secreto. En el futuro, oímos en todas partes hoy, no puede reencarnarse a sí

mismo; no puede serle permitido volver puesto que es pasado.”¹

Cuanta mayor vida hay en las visiones de Marx, mas natural parece el deseo de enterrarlo. Nadie se esfuerza por enterrar a Hegel o refutar a Voltaire, puesto que es claro aún sin esto que el hegelianismo y el volterianismo pertenecen al pasado. Las ideas de los filósofos del pasado han sido disueltas en las teorías modernas. Con Marx esto no ha sucedido. Tampoco puede suceder, puesto que la sociedad que él analizó, criticó y soñó con cambiar está aún viva. En este sentido el fin del marxismo puede venir sólo con el fin del capitalismo.

En función de volverse moderado, el socialismo hubo de pasar a través del revisionismo. Si el marxismo pertenece al pasado, entonces sus ásperas conclusiones han perdido su significado moral para la sociedad contemporánea. Todo lo que queda del socialismo histórico es un conjunto de “valores” generales, que cada uno es libre de interpretar como él o ella quiere. Es obvio desde luego que el capitalismo está cambiando y es por consiguiente inútil librar una batalla contra el mismo con la ayuda de citas de libros escritos en el siglo pasado. Ni la moderación ni el compromiso son pecados en sí mismos. Bajo condiciones políticas particulares todo partido serio es obligado a tener que buscar compromisos. En la política, no se pue-

de dejar de tener en cuenta la relación de fuerzas.

Pero la gente ideologiza su práctica a su propia y peculiar manera, y vuelve a las justificaciones de las acciones de los días presentes en ideología del futuro. Esto significa que una coyuntura política que es desfavorable para nosotros se vuelve un estado ideal, una desviación forzada en una sabia estrategia y la debilidad en valor. Donde esto ha ocurrido, la derrota deviene irreversible y la debilidad táctica deviene impotencia estratégica, mientras que el fin del movimiento, en vez de ser la transformación de la sociedad, deviene una adaptación más exitosa a la misma.

Hay un sabor de cuenta comercial en el término “revisionismo”. No estamos hablando aquí sobre un repensamiento o aún una crítica del marxismo, sino sobre un cálculo mecánico del efectivo de caja teórico, de los “aciertos” y “debilidades” de la doctrina. Siguiendo esta cuenta, unos pocos “valores” remanentes pueden ser usados, mientras que los productos ideológicos pasados de moda son castigados como desperdicios. En esta rigidez y “concretitud”, los revisionistas están estrechamente emparentados con el más obstinado de entre los ortodoxos. La única diferencia es que los últimos se aferran a todo ítem de la ideología intentando probar que debe ser absolutamente conservado

por si acaso. Los ideólogos revisionistas intentar esclarecer las premisas, desechando tan rápido como sea posible todo lo que es "superfluo".

El método analítico del revisionismo puede ser mejor denominado como descriptivo. Comparando la descripción de uno u otro fenómeno social en el marxismo clásico con la realidad moderna, los revisionistas muy razonablemente afirman que hay diferencias. Con esto el estudio llega a su fin, puesto que las diferencias son vistas como razones en sí mismas para rechazar las conclusiones de Marx. No hay ningún análisis aquí, en el sentido preciso de la palabra; es simplemente pensamiento superfluo. El problema es que la realidad continúa cambiando. Los acontecimientos y procesos descritos por los revisionistas también se desvanecen en el pasado, dejando sus conclusiones sujetas a duda.

Históricamente, el discurso revisionista fue muy importante para el desarrollo del pensamiento socialista. El revisionismo de Bernstein fue el punto de partida para Lenin, Trotsky, Gramsci y los que siguieron. Los debates periódicamente recurrentes sobre la relevancia del marxismo, y las revisiones más tardías, marcan el acercamiento de un punto de viraje en la historia del movimiento y del pensamiento socialistas. Estos debates son testimonio

incuestionablemente de la crisis del marxismo o de sus interpretaciones dominantes, incluyendo las revisionistas.

Desde que la escolástica soviética oficial rechazó sus anteriores aproximaciones ortodoxas a mediados de los 80, un grupo de escritores ha intentado resumir las conclusiones generales del revisionismo y proveerlas de bases teóricas.² Los cambios genuinos que tuvieron lugar en el capitalismo occidental en los 60 fueron percibidos por las escuelas revisionistas como el fin del capitalismo tradicional. Eduard Bernstein vio los cambios que ocurrían en la sociedad occidental durante su propio tiempo de una manera similar, aunque para su crédito él se contuvo de delinear las simples conclusiones sostenidas por las escuelas revisionistas posteriores. Ay de mí, mientras están describiendo la "nueva realidad", ninguno de los revisionistas advierte cuánto esta ha estado envejeciendo. El Welfare State comenzó en todas partes a rendir sus conquistas. Los mecanismos de mercado comenzaron a liberarse a sí mismos crecientemente de toda forma de regulación, estatal o internacional, mientras que la propiedad privada fue afirmada como un principio sagrado y universal.

Los cambios tecnológicos no dieron nacimiento a la "economía de la libre creatividad", sino a la "economía de la fuerza de trabajo bara-

ta". La intensidad de la explotación se incrementa. La dependencia de los trabajadores respecto de la gerencia comenzó a aumentar y los salarios cayeron no sólo en los países desarrollados y en los estados otrora comunistas, sino desde mediados de los 90 también en cierto número de países occidentales.

Los teóricos revisionistas han preferido ignorar el neoliberalismo o presentarlo como un fenómeno temporario que meramente vuelve más complejo el desarrollo generalmente armonioso de la sociedad. Pero el neoliberalismo no es un "zigzag del desarrollo", no es un error de los políticos, sino la ruta principal de la evolución del capitalismo. Su esencia descansa en el hecho de que la sociedad burguesa no puede ya permitirse a sí misma mantener los logros sociales de décadas previas.

Es significativo que los revisionistas de los 80 y los 90 hayan subestimado el significado y la escala de la reacción neoliberal de la misma manera en que los marxistas ortodoxos en los 60 no desearon ver los cambios que ocurrían entonces. Los acontecimientos de los 90 han mostrado que si la naturaleza subyacente del capitalismo habían cambiado en algo, estos cambios han sido substancialmente menos de los que los teóricos de la izquierda moderada hubieran deseado. Mientras tanto, los "nuevos fenómenos"

a los que se refieren estos teóricos fueron en un grado considerable el resultado de la lucha de clases y del conflicto entre los dos sistemas, en otras palabras, fueron forzados al capitalismo desde afuera.

Después del "fin de la historia", la historia, en acuerdo completo con las ideas de Fukuyama, está comenzando de nuevo. La pregunta se presenta a sí misma inevitablemente: ¿quién está pasado de moda ahora? Desde la defunción del Welfare State el mundo no se volvió más justo ni más estable, ni siquiera más libre, desde que la conversión de la violencia en una norma de vida social está devaluando las libertades civiles. Pero mientras exponen los vicios del nuevo orden mundial, los izquierdistas no se oponen con su propia ideología. "La izquierda ha de aceptar el hecho de que el proyecto marxista de revolución lanzado por el *Manifiesto Comunista* está muerto. Habrá ciertamente revoluciones... pero no serán explícitamente socialistas, que sigan la tradición marxista que comenzó con la Primera Internacional." El americano Roger Burbach y el nicaragüense Orlando Núñez ven la única alternativa al neoliberalismo en los movimientos espontáneos que expresan necesidades básicas. Una nueva, más justa sociedad "habrá de venir de una amalgama de los diferentes movimientos nacionales, étnicos y culturales del mundo."³

A pesar del hecho de que muchos de tales movimientos son abiertamente reaccionarios, los izquierdistas no están encontrando en sí mismos la fuerza para condenarlos, puesto que la izquierda misma perdió su base psicológica y moral. Sin los principios tradicionales del socialismo, la izquierda no tiene más criterios para juzgar qué es progresivo y qué es reaccionario, o incluso ninguna idea seria del rol que los movimientos "nacionales, étnicos y culturales" juegan en el sistema del orden/desorden mundial. Incluso el hecho de que muchos de tales movimientos en Europa del Este han abrazado programas económicos neoliberales no frena a los izquierdistas occidentales de hoy. A los ojos de esta gente, las manifestaciones de un nuevo barbarismo están volviéndose indistinguibles respecto de la lucha por los derechos de los trabajadores.

La debilidad de la izquierda es un hecho real de la vida política de los 90. Las políticas anticapitalistas deben por consiguiente tomar un carácter defensivo. La resistencia a la ofensiva del capital es el mensaje del momento. Pero esta resistencia ha de ser fuerte y efectiva. Ha de estar basada en una clara y sobria comprensión de la situación, de las propias capacidades de la izquierda y de las finalidades del adversario. Las concesiones ideológicas debilitan la resistencia propia. En política, las finalidades claras y la confianza en

la justicia de la propia causa son condiciones indispensables para la victoria. Las concesiones no abren nuevas posibilidades para hacer avances. La paradoja de fines del siglo veinte descansa en el hecho de que la verdadera debilidad de la izquierda la obliga a existir sin compromisos. Con la presente relación de fuerzas, no puede haber "nuevo consenso" o "condiciones favorables a los trabajadores para un nuevo compromiso social". Cualquiera que sueñe con reformas debe primero luchar para cambiar la relación de fuerzas, y esto significa devenir un revolucionario y un radical en el sentido tradicional.

La demanda pública por una suerte de "remake" del marxismo histórico se hace sentir a sí misma a cada paso. Es esto lo que representa la principal necesidad básica de la humanidad de nuestros días; encontrarla es la principal y en esencia la única tarea del moderno movimiento de izquierda. Si no salimos adelante con esta tarea, nuestras vidas no habrán tenido ni sentido ni justificación.

Moscú, marzo de 1998.

Referencias

¹ J. Derrida: *Spectres of Marx*, Nueva York-Londres, 1994, p. 39.

² Ver V. L. Inozemtsev: *K teorii postekonomicheskoy obshchestvennoy formatsii*, Moscú, 1995. O. Smolin: *Kuda*

neset nas rok sobitij, Moscú, 1995.
I.K.Pantin en *Polis* núm. 4, 1996.

³ R. Burbach, O. Núñez y B. Ka-

garlitsky: *Globalization and its discontents. The rise of postmodern socialism*, Londres-Chicago, 1997, pp. 142 y 145.

Un fantasma recorre el *Manifiesto*: el fantasma del feminismo*

Mabel Bellucci / Viviana Norman**

Para el socialismo internacional, 1998 es un año de recordatorios por la Insurrección de París y la aparición del *Manifiesto Comunista*. Este último, especialmente, adquiere relevancia por ser el documento de identidad del proletariado industrial, todavía más en el contexto de los temporales posmodernos y del neoconservadurismo que luchan por perdurar.

El *Manifiesto Comunista* es el llamamiento a la emancipación humana de mayor influencia universal, desde la Declaración de los Derechos del Hombre. Pese a haber pensado a la clase obrera como un todo, el sujeto enunciado será los varones adultos. En este documento, las especificidades genéricas y etéreas no tuvieron estatuto de conflicto.

Estos matices sexistas se los podría comprender en el devenir de los acontecimientos históricos, pero no por ello justificarlos. Es

de nuestro interés recrear el clima de ideas emancipatorias de la época en torno a la sujeción femenina, con el intento de visibilizar a ese colectivo con sus nuevas singularidades, impresas a partir de las revoluciones Francesa e Industrial. En esta dirección, descubrimos que existieron demasiadas puntas como para que pasaran desapercibidas de la problemática social de entonces: mujeres obreras, mujeres luchadoras, mujeres escritoras, mujeres pensadoras, mujeres sufragistas, mujeres demandando, mujeres aclamando justicia en el espacio de lo público. Mientras que en el espacio de lo privado, la división sexual del trabajo -determinada por la reproducción biológica- fue entendida des-

de representaciones patriarcales: como una división natural, con todo lo que este sentido evoca y, por lo tanto, soslayando su categoría de construcción socio-cultural.

